

## MANIFIESTO DEL ORIGEN, CAUSAS, PROGRESOS Y ESTADO DE LA REVOLUCIÓN DEL IMPERIO MEXICANO, CON RELACIÓN A LA ANTIGUA ESPAÑA

POR EL CIUDADANO JOSÉ MARÍA TORNEL,  
SECRETARIO DE LA COMANDANCIA GENERAL DE VERACRUZ

“Los dos hemisferios hechos para estimarse, no necesitan sino entenderse para ser eternamente amigos inseparables, protegiéndose mutuamente en vez de buscar ocasiones en que perjudicarse.”

*Fernando Séptimo en su proclama  
a los habitantes de Ultramar.*

**E**l grito de salvación o muerte, lanzado en el pueblo de Dolores por un héroe sin ventura, se repite en el pueblo de Iguala por héroe más dichoso; y el árbol de la libertad nacido entre cadáveres y regado con la sangre de tantas víctimas, levanta su majestuosa copa en todo el ámbito del Imperio Mexicano. Un solo impulso bastó a quebrantar nuestras cadenas; y el despotismo que sostuvo el miedo, y consagró la ignorancia y barbarie de tres siglos, ha venido a tierra, como cede la caña hueca al sople del Aquilón. Los pueblos alcanzaron alguna vez los derechos inmutables del hombre: ellos, no perteneciendo a la clase de salvajes o miserables ilotas, sienten y conocen las desventuras de sus mayores, la suerte propia, la de las generaciones venideras, los bienes de la independencia, los daños consiguientes a la servidumbre o esclavitud.

El espíritu de regeneración y filosofía, ha podido comunicarse en toda la Europa con la rapidez que el fuego eléctrico, y traspasando el océano en los bosques antes incultos de la América, en sus montes, pueblos y ciudades se pronuncia con entusiasmo el nombre de libertad. Los descendientes de Cortés y de Pizarro, emulando las glorias de Arco y de Quiroga, presentan a la admiración de todos los tiempos un Bolívar, un Iturbide, héroes denodados, ilustres, amigos y defensores de la humanidad.

Antes de ahora los intereses de España estuvieron en oposición con los intereses de América; o mejor diré, el gobierno que allende los mares escaseaba las luces y razones de conveniencia política a nuestros hermanos de Europa, les hizo concebir ideas siniestras de la causa que los era común, pues que pertenecía a todos los hombres y a todos los países.

Los americanos, que por el calor de la zona, son ardientes y fogosos en sus resoluciones, rompieron con noble valentía los diques opuestos a su felicidad; en circunstancias, que invadida la Península por los Ejércitos más célebres de Europa, y sin esperanzas que afianzarse el cálculo más remoto, debieron proveer a su futura seguridad y a la de esos mismos españoles, ofreciéndoles un asilo venturoso en la patria de los Incas y Moctezumas.

El genio pensador y filosófico verá con asombro a los Visires del nuevo mundo dictar, como única medida de salvamento, el exterminio y la muerte de españoles, que por su ilustre descendencia, cuando se callasen otros títulos de misericordia, se prometieron distinta conducta de los que apellidaban pocos días ante sus padres y sus amigos. Rompiéronse desgraciadamente los vínculos que nos ataban, y el suelo que fue regado con el sudor de habitantes industriosos se empapó en sangre de hermanos con escándalo del universo. Viéronse partir de las aguas de Cádiz y de Galicia, soldados, y aun Ejércitos numerosos para sofocar en América el grito mismo que daba España contra sus opresores. La boca del cañón anunció en los países los decretos más liberales de las Cortes, y estuvimos en el duro caso de maldecir y execrar a los que en León y Cádiz trabajaban por la libertad del mundo. Semejantes contradicciones alejaron toda idea de convenio y aquiescencia; acaloráronse los partidos más y más, vino esta región a erigirse en un vasto teatro de lágrimas y de horror, de luto y de orfandad.

La vuelta del Monarca, y los portentosos sucesos que antecedieron, pareció que anunciaban el término de tantos males, y que unos y otros españoles reconciliados a la vista y por el influjo del padre ausente, renovarían sus antiguas relaciones bajo las inalterables bases del amor y de la concordia. Quiso el hado, o más bien el Altísimo, que dispone de la fortuna de los Imperios, que el inocente Fernando pasase del cautiverio de Valencey al de sus odiosos consejeros: estos hombres, nacidos en el polvo y en la obscuridad, y condenados al olvido por una nación calculadora del mérito y del talento, ocuparon el corazón del Rey, y contra sus puras intenciones, fue el instrumento inevitable de pasiones ajenas.

No es dado a mi pluma referir el grado de miseria y abatimiento que tocó a España en premio de sus hechos y de tantas virtudes heroicas: menos será fácil pintar, aunque ligeramente, toda la extensión a que llegó el mal en los países de Colón. Ambas Españas se estimaron como patrimonio de unos cuantos tiranuelos; y la discordia, el odio, la venganza, todas las furias del averno ejercieron todo su fatal influjo en los dilatados términos de la monarquía.

Las manos furibundas que alzaron patíbulos a los Lacis y Porlieres, dieron muerte, siempre gloriosa, a los Bravos y Morelos. Las ciencias, la razón y la filosofía, padecieron menos en el Cairo y en la antigua Bizancio, que en México y en Madrid: el sabio, el literato, el patriota sufrieron en las prisiones y destierro la suerte de los Arístides y Fociones: la traición y el espionaje, el asesinato fuera de los trámites de la ley, y una general proscripción, hicieron la recompensa de los primeros bravos del mundo.

Los gobernantes de América, sostenidos por las intrigas de la Corte y de la obscura camarilla, afligieron según todo el alcance de su furor, a las provincias que, por

equivoco de gabinete, se llamaron colonias españolas. La muerte corría a la posta; nuestros campos, y los escombros de las ciudades dieron sepultura a montones de cadáveres. El padre anciano era separado de sus caros e inocentes hijos en tiempo que más reclamaban su presencia, atención y cuidados. La esposa que no cediera a los ataques del disoluto, perdió la santidad de su lecho a los asaltos del soldado. Hombres infames profanaron con su inmunda vista los lugares destinados al respeto y a los cultos. Diose entonces el horrible espectáculo de enviar a lejanas tierras miles de ciudadanos marcados con el sello de la ignominia, a perecer distantes de su patria y de sus deudos. No pudo confiarse del doméstico, apenas; y ni aún apenas del amigo: alzáronse los esclavos contra su señor, los libertos contra sus patrones, y el que no tenía enemigos recibió el golpe de sus amigos.<sup>1</sup> Consumáronse en la infortunada América los planes de destrucción: la guerra intestina en su violento curso arrastró consigo las condiciones y las fortunas de todos, luego que fue saciado el insensato deseo de enriquecer, de oprimir, y gozar a la sombra del terror y de la ignorancia de la multitud. No faltaron sin embargo, europeos verdaderamente liberales, que consecuentes en sus principios de eterna filantropía sellasen con su sangre, como el malhadado Mina, su inviolable adhesión a la libertad de los pueblos. ¡Llor sin fin a estos héroes y ciudadanos del universo!

Las luces en España se difundieron poco a poco y la necesidad de explotarse vino al conocimiento del último labriego de sus campos. En diferentes épocas apareció el fuego sagrado que se ocultaba en todos los corazones; y el despotismo moribundo sacrificó en su postreras boqueadas las más ilustres víctimas. Un movimiento sucedía a otro, la general efervescencia se manifestó en términos inequívocos; y pudo decirse que de Calpe a Pirene era una la voz de redención.

Afortunadamente se reunió en Cádiz y sus inmediaciones un ejército destinado por el ministerio a la ruina y devastación de las Américas: a mediados de 1819 asomaron en él los primeros síntomas de revolución; y si bien la pérfida conducta de un general, que pudo serlo de los griegos ante Troya, desconcertó los planes de aquellos héroes, el espíritu público avanzó terreno, y el golpe futuro se hizo inevitable. La Europa admira la noble osadía de los jefes y soldados, que en la ciudad de San Fernando proclamaron a 1º de enero de 1820 el augustó código de 1812. Las provincias imitaron luego el ejemplo de los valientes; y a un tiempo sin combinación previa, ni acuerdo alguno, se suscitaron campeones de la libertad en toda la Península. Renováronse los ínclitos hechos de Padilla, Lanuza y Maldonado, y el soldado español recobró el brío de sus mayores, que fuera tantas veces el espanto de la Europa. El Rey adhirió finalmente a la voluntad de la nación; y más digno de memoria que los Carlos y Felipes, juró a la faz de sus pueblos hacer su felicidad. Clasificados los deberes entre la nación y el trono, se afirmó su dependencia mutua, y desde entonces el Ciudadano Príncipe marchó con paso sereno por la senda constitucional.

1 Tácito en la vida de Julio Agrícola.

Aquellos hombres que, llenos de virtudes, gimieron seis años en los más inmundos calabozos, volaron a reconocer en Fernando VII el padre de la patria, dictado más glorioso que el de Rey, o Príncipe de esclavos envilecidos.

El crédito restableció sus bases, y comenzó España a merecer la confianza de otras naciones que la contemplaban en verdadero estado de nulidad. Las fuentes de la riqueza y la prosperidad nacional, estancadas o extraviadas de su curso, por las torpes manos de los funcionarios, siguieron la marcha que la conveniencia pública y el interés común demarcaron por cálculos exactos y evidentes. Reanimóse la industria, comercio y agricultura; abriéronse escuelas a las ciencias y a las artes; cambió la perspectiva de un reino, llamado entre otros a figurar con dignidad en la historia de los acontecimientos memorables.

La suerte de España fijó los destierros de América, pues que la dicha de una refluye necesariamente en la felicidad de la otra. Al comunicarnos Fernando VII la regeneración de la Monarquía, expresa sus sentimientos en estas notables palabras: “Los dos hemisferios, hechos para estimarse, no necesitan sino entenderse para ser eternamente amigos inseparables, protegiéndose mutuamente en vez de buscar ocasiones en que perjudicarse. Ni es posible que puedan ser enemigos los que son verdaderamente hermanos; los que hablan un propio idioma; los que profesan una misma religión; que se rigen por unas mismas leyes, que tienen iguales costumbres; y sobre todo, que los adornan las mismas virtudes: estas virtudes hijas del valor, de la generosidad y de la suprema elevación de las almas grandes. Renazcan pues con la Metrópoli las relaciones que en tres siglos de trabajos y sacrificios establecieron nuestros progenitores, los hijos favorecidos de la victoria: renazcan también otras que reclaman las luces del siglo, y la índole de un gobierno representativo: depónganse las armas, y extíngase la bárbara guerra que ha ocasionado tan funestos sucesos, para consignarlos en la historia con letras de sangre: con las armas en la mano no se terminan y arreglan las quejas de individuos de una propia familia: depóngámoslos para evitar la desesperación, y el riesgo de oprimirse y aborrecerse.”

El código fue entonces acogido con entusiasmo entre nosotros, jurado solemnemente en todos los pueblos, aplaudido y grabado en todos los corazones. Ya nos lisonjeaba un grato porvenir: ya esperábamos una suerte venturosa: el odio y la venganza pasaban al olvido: hijos y padres, hermanos y amigos renovaban sus dulces y antiguas relaciones; pero ¡oh desventurada y fatal estrella! Los mandarines de América juraron solo con la boca lo que reprobaba su intención. Las depredaciones continuaron escandalosamente; la libertad individual jamás se respetó; dióse tormento a las leyes para sostener el rango de los tiranos; nos decíamos libres por la razón y la ley, y los habitantes de Túnez y Marruecos eran acaso menos desdichados.

Acordóse México (bien sabida es la escisión de la otra América) de que no se ataca impunemente a una nación grande, rica y poderosa: conoció los alcances de su fuerza, el estado de su población y el de sus luces, la necesidad de separarse de un gobierno lejano, que nunca hizo, ni pudo hacer su dicha por razones fundadas en la esencia de las cosas: vio que conforme a los principios de eterna verdad, la justicia natural se viola cuando se despoja a un pueblo de sus derechos sociales; y que per-

didados los nuestros no solo en el modo y forma sino hasta en la substancia, era indispensable fiar a la espada lo que no alcanzó el sufrimiento de tres siglos. El momento feliz se presenta, y en el Sur de este imperio resuena con gloria de Iturbide la salud y redención de la patria. Al momento se forman ejércitos vencedores; se generaliza la opinión; el europeo y el americano sienten animarse de un espíritu; los jóvenes y los ancianos corren al campo; toda la nación adquiere una actitud imponente y guerrera. Las tropas del virrey abandonan sus banderas enlutadas, ciudades bien guarnecidas sucumben, y los temerarios que rompieron la campaña hallaron su sepulcro y el escarmiento de los déspotas. México es ya libre, feliz e independiente... Volvamos a España, que esa madre generosa conoce la pubertad de América, y la justicia de su pronta emancipación.

Los periódicos anuncian el deseo casi universal que domina en la Península, de que los americanos obtengan el goce de su independencia. Los españoles de 1820 se han desnudado de las rancias preocupaciones que soplaron la discordia en 1810. Ellos adelantados en la política, con hombres en su seno que poseen la ciencia del estado, instruidos más y más en los augustos derechos del hombre y de los pueblos, no cometerán la tamaña injusticia de sostener el mayorazgo de España y su soñada primogenitura. En las presentes Cortes se asentaron las bases de la independencia general de las Américas, y quizá ya obtuvo la sanción del Monarca para eternizar la amistad y alianza entre las naciones respectivas.

Así lo ha asegurado el ínclito general O'Donjú, cuya fama vivirá más allá de los tiempos en la memoria de todos los hombres. El, uniendo sus votos a los del Caudillo de México, puso el sello a 24 de agosto a la instalación del imperio. Así lo decreto el Altísimo en sus venerables consejos, a que en vano se oponen los hombres, los siglos y las preocupaciones.

España, con nuevos y más sólidos títulos al amor de los americanos será la primera de las naciones aliadas. Su pabellón arbolado en el seno Mexicano llevará a Cádiz el oro y plata de nuestras minas, las más ricas producciones de nuestros campos, y las bendiciones de un pueblo reconocido. ¡Ojalá y una paz profunda corone la liberalidad de sus fundamentos, y que el idioma castellano sea en todos los países el idioma de la razón, de la justicia y de la libertad.

Orizaba septiembre 15 de 1821.

*José María Tornel.*

Srio. dela Comandancia gral. de Veracruz

*Impreso en Puebla y reimpresso en México en la  
oficina de Ontiveros, año de 1821.*

Orizaba septiembre 15 de 1821.

Mi apreciable dueño y amigo: en unos cuantos ratos que he robado a mis atenciones, pude extender mis ideas acerca del Origen, progresos y estado de la revolución de México, con relación a la antigua España. *En las ardientes Playas de Veracruz tuve el honor y la suerte de conocer la liberalidad de V. S. y sus profundos conocimientos políticos: no parecerá pues, extraño, que le ofrezca un corto tributo de gratitud en esta obrilla, ya que quiso distinguir con su amistad a su afectísimo atento seguro servidor Q. S. M. B.*

José María Tornel. Sr. Dr. Don Francisco de Paula Álvarez, Secretario del Excmo. Sr. Teniente general D. Juan de O-Donojú.